

Díaz-Canel: “Hemos luchado 150 años y seguiremos luchando hasta la victoria siempre”

DISCURSO PRONUNCIADO POR MIGUEL MARIO DÍAZ-CANEL BERMÚDEZ, PRESIDENTE DE LOS CONSEJOS DE ESTADO Y DE MINISTROS, EN EL ACTO POLÍTICO-CULTURAL POR EL ANIVERSARIO 150 DEL INICIO DE LAS LUCHAS POR LA INDEPENDENCIA, EN LA DEMAJAGUA

(Versiones taquigráficas Consejo de Estado)

Compañero General de Ejército Raúl Castro Ruz, Primer Secretario del Comité Central del Partido Comunista de Cuba.

Compatriotas:

Estamos otra vez en La Demajagua, el lugar donde con mayor suma de sentimientos patrios, podemos decir: Somos Cuba.

Somos Cuba: ustedes, nosotros, la historia y este paisaje formidable, que parece un lienzo de la nación, con el mar y la montaña al fondo y en el centro, los viejos hierros del ingenio abrazados a un poderoso jagüey.

Según la leyenda, que es la versión poética de la historia, ningún artista levantó este monumento (Muestra). Fue obra de la naturaleza.

Después del alzamiento, en un acto de ridícula impotencia, tropas españolas incendiaron el lugar; y pasó el tiempo, y pasó por entre la rueda del viejo molino de caña el jagüey que eterniza el acontecimiento.

Es imposible llegar a este sitio y no emocionarse frente a tal misterio. Uno más entre los muchos que nos acompañan desde que se empezó a pelear por Cuba libre.

Hoy venimos a pedirle permiso a la historia para entrar en uno de sus recintos sagrados, a rendir culto a quienes nos dieron nación y a quienes la rescataron después, sin tomar para sí más que los sacrificios.

Es bello y a la vez sublime este sitio, porque aquí Carlos Manuel de Céspedes levantó el alma de un pueblo recién nacido contra la metrópoli que lo tiranizó por más de tres siglos y declaró libres y ciudadanos a todos, sin distinción de raza o sexo, socavando para siempre las carcomidas bases de una sociedad esclavista y patriarcal.

Es legítimo reverenciar el suelo por donde cabalaron juntos, bajo un torrencial aguacero, el antiguo amo y los que hasta ese día fueron sus esclavos.

Aquí nació hace 150 años, la Revolución cubana y aquí, un siglo después, Fidel marcó su carácter único, desde el 10 de octubre de 1868 hasta nuestros días.

También conmueve pensar que esta campana, tañida aquel día glorioso para decretar por primera vez iguales derechos a todos en Cuba, en 1947 la tomaría en sus manos para sacudir la conciencia nacional, un joven estudiante, el mismo que volvería en 1968, ya convertido en el líder revolucionario Fidel Castro Ruz, para darnos una insuperable lección de historia.

El 10 de Octubre de los cien años es otro acontecimiento digno de celebrarse. Ese día, el nombre de Carlos Manuel de Céspedes adquirió significados más profundos como Padre de la Patria.

Hasta entonces, la conocida frase de que sus hijos eran todos los cubanos, al negarse a entregar las armas a cambio



Foto RAFAEL MARTÍNEZ ARIAS

de la libertad de Oscar, era la explicación de la escuela básica cubana para que le llamáramos Padre.

Nos faltaban los poderosos argumentos del significado para Cuba de sus primeros actos libertarios, un tema que siempre se debatió mucho entre académicos, pero no en los discursos de efeméride o en los libros escolares.

Las reflexiones de un apasionado de la historia como Fidel, fueron, aquel día, más que discurso, una sensible invitación a revisitar con el corazón y la mente definitivamente libres de viejas lecciones importadas y reduccionistas, el dramático curso del proceso iniciado cien años antes, en este valle -tan próximo al pantano por donde él mismo reingresaría al país, en 1956, con la expedición destinada a rescatar la Revolución frustrada por la intervención extranjera- y a la vista de las montañas, donde la Generación del Centenario pelearía otra vez por la independencia, con la misma entrega que los fundadores de la nación.

He repasado muchas veces las palabras de Fidel en aquella velada solemne y apenas he podido entresacar frases que marquen su trascendencia histórica. Todas son trascendentes y conservan una vigencia que estremece, a pesar de que fueron pronunciadas cuando la mayoría de los reunidos hoy aquí no estaban nacidos y nosotros éramos estudiantes de primaria.

Los de más edad seguramente recordarán ese día, también lluvioso, según el propio Fidel dejó dicho. Y no dudo que todos conozcan que fue aquí y entonces cuando dijo: “...en Cuba ha habido una sola revolución: la que comenzó Carlos Manuel de Céspedes el 10 de octubre de 1868. Y que nuestro pueblo lleva adelante en estos instantes”.

Recordarlo, sin embargo, no basta. Hay que invitar a nuestros hijos y nietos, a los estudiantes de hoy, a desentrañar el significado de aquella frase con la que comienza el primer análisis político público del capítulo más trascendente de la historia nacional.

Empecemos por la valoración que hace de las decisiones de Céspedes. Dice Fidel: “...la historia de muchos movimientos revolucionarios terminó, en su inmensa mayoría, en la prisión o en el cadalso.

“Es incuestionable que Céspedes tuvo la clara idea de que aquel alzamiento no podía esperar demasiado ni podía arriesgarse a recorrer el largo trámite de una organización perfecta, de un ejército armado, de grandes cantidades de armas, para iniciar la lucha...”

“...la historia de nuestro pueblo en estos cien años confirma esa verdad axiomática: y es que, si para luchar esperamos primero reunir las condiciones ideales, disponer de todas las armas, asegurar un abastecimiento, entonces la lucha no habría comenzado nunca...”.

Ante los enormes desafíos de la Cuba actual, condenada por el bloqueo norteamericano a una escasez de recursos materiales que hacen parecer imposible la prosperidad, resulta un imperativo retomar aquel análisis de Fidel en 1968.

Frente a la realidad de aquel primer día de ser cubanos, idea que entonces se reducía a unas decenas de hombres, casi todos desarmados y empapados por la lluvia, se revela el poder extraordinario de un ideal revolucionario. En lugar de esperar mejores tiempos, los alzados en La Demajagua se lanzaron eufóricos a hacer una revolución que les costaría, al primer instante, todo el capital que poseían, cuando no la propia vida.

Quienes ven su suerte o la del país a través de sus posesiones, dirán: “Lo perdieron todo”. Solo quienes creen en la Patria, entenderán lo verdadero: “Nos lo dieron todo. Hasta lo que no tenían: la libertad”.

Desde entonces sabemos que sí es posible vencer partiendo de cero, a veces sin más armas que la moral y el patriotismo. Y que de la lucha bajo las peores circunstancias proviene el enorme caudal de coraje y resistencia que ha convertido al pueblo cubano en lo que somos: una nación soberana, independiente y orgullosa de su historia, algo que no pasa de ser un sueño por conquistar para muchas naciones de nuestra región y del mundo.